

rito donde quiera que estuviese. Rusia acaba de mostrarnos recientemente, con el ejemplo de Tottleben, con qué rapidez puede darse á conocer y ser aprovechado allí el talento de un ingeniero, y caro nos ha costado el saber cómo la porfiada defensa de Sebastopol podía depender de esta sola causa.

En el marcado contraste que hay entre estos hechos y el ejemplo que ofrece nuestro propio ejército, donde el genio permanece ignorado, mientras algunos imbéciles se encumbran; donde el dinero y las preocupaciones de la clase obstruyen el camino al mérito de los plebeyos; donde la rivalidad entre dos servicios, el de la reina y el de la Compañía, neutraliza las disposiciones más acertadas; en ese contraste, repetimos, se ve que con el sistema de la representación lo ejecutivo funciona tan mal como lo legislativo. Ante la Comisión nombrada para esclarecer los sucesos de Sebastopol, se ha citado un hecho que revela la antítesis profunda que hay entre las dos formas de gobierno: se trataba de un suministro de tiendas de campaña al ejército de Crimea, y mientras en sus relaciones con el gobierno inglés, el contratista tropezó con vacilaciones, aplazamientos y muestras de mal humor, la conducta del gobierno francés se hizo notar por la prontitud, resolución, rapidez de juicio y extremada cortesía. Todo concurre á demostrar la mayor aptitud del poder autocrático para la eficacia de la acción administrativa. Si aspiramos á tener un ejército bien organizado y servicios públicos de sanidad, de educación, de beneficencia prácticamente dirigidos; si, en una palabra, deseamos encomendar la gestión social á los agentes del poder y que ésta sea viva y provechosa, no hay que vacilar, decidámonos por ese sistema de centralización absoluta que se llama despotismo.

III

Crítica del Gobierno absoluto.

Sin duda, no obstante las reservas que antepusimos á este razonamiento, más de uno habrá leído las páginas anteriores con sorpresa. Algunos habrán vuelto á mirar la cubierta del libro para cerciorarse de que no se habían equivocado al tomarlo, y otros se habrán desatado, á guisa de comentario perpetuo, en una serie de epítetos condenatorios contra nuestro cambio aparente de principios. Pero que no se alarmen. No nos hemos separado en lo más mínimo de la profesión de fé inscrita en nuestro programa. Por el contrario, como pronto se verá, nuestra adhesión á las instituciones libres es más firme que nunca: la hemos fortalecido y depurado con esta crítica, en apariencia hostil.

La sumisión de la nación á un hombre no es cosa natural y sana: revela un estado enfermizo; y si puede ser necesaria en una sociedad llena de vicios, hay que procurar ponerle término lo más pronto posible. Es un sentimiento poco noble. Dadle el nombre de «culto de los héroes», y os parecerá respetable; pero designadle con su verdadero nombre, con el de terror ciego, con el de espanto inspirado por la fuerza, por la fuerza bruta especialmente, y vereis si es digno de admiración. Recordando que en las primeras edades deífica á un jefe canibal, canta las glorias de un ladrón afortunado, honra la memoria del guerrero más cruel, habla con respeto de los que han mostrado rencores inextinguibles y erige altares en honor de los hombres que mayor ostentación han hecho de los vicios que deshonoran á la humanidad, toda ilusión desaparece. Léase cómo, donde fué vigoroso, inmoló millares de víctimas sobre la tumba

del difunto rey; cómo en los altares erigidos á sus héroes sacrificaba prisioneros y niños para satisfacer la tradicional afición de aquéllos á la carne humana; cómo fomentó el abyecto servilismo de los súbditos, mediante el cual fueron posibles agresiones continuas, batallas, matanzas y abominaciones sin número; cómo degolló sin piedad á los que se negaban á lamer el polvo delante de sus ídolos, léase todo esto, y ese sentimiento no os parecerá tan bello. Vedlo, en fin, tejiendo coronas lo mismo á los peores monarcas que á los mejores, aclamando á los asesinos, gritando *¡hurra!* ante la traición coronada por el éxito; correr á las procesiones, á las ceremonias, aplaudir la pompa con que un poder debilitado se engaña á sí propio, y decid si ese sentimiento es laudable. La autocracia supone bajeza en el jefe y en el súbdito: en el primero, frío egoísmo que sacrifica la voluntad de los demás á la suya propia; en el segundo, vil, cobarde abandono de los derechos humanos.

El mismo lenguaje testifica de la exactitud de nuestras palabras. ¿No implican los términos de *dignidad*, *independencia* y otros semejantes, igualmente laudatorios, una protesta viva de la naturaleza humana contra dicho sentimiento? ¿No envuelven un reproche las voces de *tiránico*, *arbitrario*, *despótico*? ¿Y no son las de *adulador*, *bajo*, *rastrero*, epítetos de desprecio? ¿No lleva consigo un anatema la palabra *servil*? ¿Y la de *villano*, que originariamente significa *siervo*, no se profiere como una injuria? El lenguaje mismo, revelando, sin quererlo, el disgusto con que la humanidad mira el sentimiento de la sumisión, es prueba suficiente de que éste va asociado á inclinaciones innobles. Es, en efecto, responsable de crímenes sin cuento. Debe imputársele la tortura, el asesinato de tantos hombres de corazón, que no han querido doblegarse; de su cuenta corren los horrores de la Bastilla y de Siberia. Ha sido el enemigo constante de las luces, de la libertad, del verdadero progreso. En todas las épocas ha adulado los vicios

cortezanos, y los ha difundido por el resto de la nación. Si un Jorge IV ocupa el trono, profiere diez mil mentiras por semana, y estas mentiras son oraciones para «el religioso y gracioso rey». Y aun hoy mismo, induce á falsedades diarias, siendo causa de que se vendan y compren retratos que todos saben que son cínicamente infieles. Que se lea los anales de los tiempos pasados, que se mire á las varias razas no civilizadas, dispersas sobre la superficie del globo, ó que se atienda á nuestra misma Europa actual, se verá que la sumisión al poder está en razón inversa de la moralidad y de las luces. Desde el antiguo culto de los héroes hasta el moderno *lacayismo*, ese sentimiento ha sido más fuerte donde la naturaleza humana era más vil.

El lazo entre la barbarie y la sumisión incondicional es una de esas bienhechoras armonías que «el servidor é intérprete de la naturaleza» encuentra en todas partes. La subordinación de todos á uno sólo constituye una forma social, necesaria ínterin los hombres son salvajes, es decir, anti-sociales; y para que pueda subsistir, es menester que el jefe inspire terror ciego. En tanto que la conducta de cada hombre para con los demás aliente entre ellos odios tenaces que pongan en peligro la unión social; por tanto tiempo y en la misma proporción, se necesita, para contener la explosión de sentimientos salvajes, que producirían la ruína general, un jefe enérgico, resuelto, cruel. En un pueblo de tal naturaleza, cualquiera forma de gobierno libre, presuponiendo en los súbditos alguna idea de equidad y cierto imperio sobre sí mismos, sería una quimera: necesitase en él un despotismo tan inflexible como salvaje sea el pueblo; y el despotismo sólo es posible mediante el culto supersticioso del déspota. Pero á medida que la disciplina social modifica el carácter humano; á medida que los antiguos instintos de robo y de agresión se debilitan por falta de ejercicio y crecen paralelamente los sentimientos de simpatía, á la par, repetimos, va siendo menos necesaria

la dureza en el gobierno; y á compás que la autoridad del jefe disminuye, el terror que inspiraba desaparece; dios ó semi-dios primeramente, acaba por ser un personaje común, expuesto á la crítica, al ridículo, á la caricatura.

Varias influencias conspiran á este resultado. Los conocimientos que gradualmente se acumulan, despojan al jefe poco á poco de los atributos que la superstición le atribuyera. El concepto que la ciencia desenvuelve acerca de la grandeza de la creación y de la constancia y fuerza irresistible de la Causa Omnipresente, despierta por contra posición el sentimiento de la pequeñez comparativa del poder humano; y el terror con que se miraba al grande hombre, se traslada por grados al Universo, del cual se ve que aquél es sólo parte imperceptible. Con el crecimiento de la población, aumenta el número de grandes hombres, y cuantos más son éstos, menos es la parte de respeto que corresponde á cada uno; se achican unos á otros. Al mismo tiempo, la sociedad se organiza y consolida y su bienestar y progreso son cada vez más independientes de un individuo. En las sociedades primitivas, la muerte del jefe puede alterar todo el curso de las cosas; pero en sociedades como las nuestras, no hay muerte capaz de torcer el rumbo de las mismas. Hay, pues, muchas influencias que se combinan para debilitar el poder autocrático, lo mismo en política que en lo demás. Es verdad, y no sólo en el sentido que Tennysson lo escribe, sino en otro más elevado, que:

«El individuo se oscurece, el mundo brilla cada vez más.»

Por otra parte, es preciso también tener presente que, á medida que la autoridad ilimitada del hombre superior va siendo menos necesaria, y á medida que el terror supersticioso que inspira se debilita, es menos fácil encontrar ese hombre superior para levantarlo sobre el pavés. En una sociedad rudimentaria, en la cual no hay más derecho que la fuerza, donde la guerra es el asunto capital y las cualidades indispensables en un jefe, así para dirigir á sus súbditos,

como para vencer á sus enemigos, consisten en el vigor físico, el valor, la astucia y la energía, entonces no es difícil distinguir al mejor gobernante, ó más bien, él se distingue por sí mismo. Las mismas cualidades á que debe el imperio que ejerce sobre sus súbditos, puede desplegarlas en reducirlos á la obediencia más absoluta. Pero en sociedades adelantadas, complejas y comparativamente pacíficas como las nuestras, esas cualidades no son las más indispensables, y aun suponiendo que lo fuesen, lo sólido de la organización social, impediría el servirse de ellas para someter á los demás. Para dirigir una sociedad estable, civilizada, los talentos que son menester, no consisten en el amor á las conquistas, sino en el amor al bienestar general; no en el odio implacable contra los enemigos, sino en el sentimiento de la equidad, tranquilo y desapasionado; no en la habilidad artificiosa, sino en la vista penetrante del filósofo. ¿Dónde hallar al hombre que reúna en mayor grado estas cualidades? Por regla general, no nace en las gradas del trono, y sería locura el imaginarse que es fácil buscarlo entre treinta millones de individuos. La experiencia de nuestras elecciones parlamentarias nos ha mostrado la incapacidad de los hombres para discernir el mérito superior. Y si los pocos miles de individuos que comprende un colegio, no son bastante sagaces para elegir al mejor de entre ellos, la dificultad sube de punto cuando se trata de los millones de habitantes que hay en un país. A medida que la sociedad es más numerosa, más compleja, más pacífica, es menos posible la supremacía política de los mejores.

Pero aun allí mismo donde la relación de autócrata á esclavo es moralmente bienhechora; allí donde es posible encontrar al hombre mejor dotado para asumir la dictadura, sostendríamos que tal forma de gobierno es mala. Y no alegaríamos simplemente la sencillísima razón de que el gobierno por los gobernados es excelente medio educa-

tivo; partiríamos del hecho fundamental de que ningún hombre, por sabio y prudente que se le suponga, es capaz de regular por sí solo la vida de una sociedad complicada; por lo que, con las intenciones más puras, el mejor de los déspotas está expuesto á ocasionar desgracias irreparables que sin él no habrían sobrevenido. Tomaremos como ejemplo el caso más favorable para los partidarios de la supremacía del mejor. Presentaremos como modelo al héroe de Mr. Carlyle, á Cronwell. Sin duda, las costumbres en boga al surgir el puritanismo, justifican el disgusto de donde nació esta doctrina. Seguramente, los vicios y los gérmenes de locura que el catolicismo, moribundo y luchando por la existencia, legara al país, legitimaban la reacción ascética. La naturaleza, sin embargo, no consiente que se opere en un instante un cambio radical en los hábitos y gustos de los hombres. Todo efecto *permanente* tiene que ser producido con lentitud. Los instintos más puros, los pensamientos más elevados, se desenvuelven por grados en el espíritu, y no pueden ser impuestos por una fuerza exterior.

Es seguro que sobrevendrá un desastre si se priva al pueblo de los placeres más groseros antes de procurarle otros de orden más elevado; porque el placer es condición indispensable de toda existencia sana. Diga lo que quiera la moral ascética, que mejor llamaríamos inmoralidad, los placeres y la penas son los agujones y los frenos con que la naturaleza preserva á sus hijos de la destrucción. El despreciativo título de «filosofía de los cuerpos», no alterará el hecho eterno de que la miseria es el camino de la muerte y la felicidad el mejor sostén de la vida. Pero el puritanismo indignado no quería ver esta verdad, y con la extravagancia propia de los fanáticos, se proponía abolir el placer en general. Dueño del poder, no se limitó á prohibir los entretenimientos de moralidad dudosa; todos experimentaron la misma suerte. De todos aquellos actos de re-

presión, el responsable fué Cronwell; él los decretó, los apoyó, ó los permitió. ¿Mas cuál fué el resultado de los esfuerzos hechos para convertir á los ciudadanos en modelos de virtud? ¿Qué sucedió al morir el grande hombre que había creído «ayudar á Dios en la obra de la reforma universal»? Sobrevino una reacción espantosa que llevó al país á un estado de envilecimiento como quizás no ha habido otro en nuestra historia. En la casa recién decorada «entraron otros siete espíritus malignos, peores que el primero». Rebajóse el carácter inglés y en muchas generaciones no pudo sacudir su degradación; se glorificó el vicio, la virtud fué objeto de irrisión, el matrimonio se expuso á la burla y al ridículo constante en el teatro. La obscenidad y el desprecio de las cosas más santas, todo lo invadieron; no hubo ningún pensamiento noble, la podredumbre fué general. Hasta el reinado de Jorge III, no se halla una nueva idea más elevada de la vida. Y aquel siglo de desmoralización profundísima se debe principalmente á Cronwell. ¿Es, pues, tan claro que el gobierno de uno solo, por justo que se le crea, ha de ser necesariamente una bendición de Dios?

Por otra parte, no debe olvidarse que cuando la supremacía política del más digno no se ejerce francamente, obra por modo menos directo, pero más beneficioso. Es evidente, en efecto, que en nuestros días, el sabio dicta decretos que los demás se encargan de ejecutar. Adam Smith ha impuesto al mundo desde el fondo de su gabinete cambios más radicales que un primer ministro. Un general, Thompson, que forja las armas necesarias para combatir la ley acerca de los cereales; un Cobden y un Bright, que las perfeccionan, impulsan mucho más la civilización que ningún monarca. Por desagradable que sea para los hombres de Estado, hay que rendirse á la evidencia. Si se calculan todos los resultados ya producidos por el libre cambio, y se agregan los que promete, se verá que la revolución iniciada por aquellos hombres superiores excede en grande-

za á cualquiera reforma intentada por cualquier potentado moderno. No lo ignora Mr. Carlyle; los hombres que investigan la verdad y la enseñan á sus semejantes, son hoy los jefes de hecho, «los legisladores no reconocidos», los reyes verdaderos. Los monarcas que ocupan los tronos y los magnates que se enseñorean del gobierno, son en rigor servidores suyos. Y nótese al mismo tiempo que este poder, indirectamente ejercido, no es peligroso: lejos de esto, su influencia es cada vez más benéfica. Pues cuando, como ocurre entre nosotros, los dictados del sabio no pueden ser erigidos en ley sino mediante un debate público, cuando deben demostrar su derecho á la vida, consquitando la vida, hay una garantía de que no se intentará ningún gran cambio irreflexiva ó prematuramente. Tenemos, pues, los bienes que proporciona el gobierno de los grandes hombres, sin los males que le acompañan.

Nó, el antiguo régimen está bien muerto y no resucitará. Entre nosotros, por lo menos, la sumisión de todos á uno solo, es á la par inútil, repugnante é imposible. Bueno en su tiempo, malo hoy, el «culto de los héroes» pasó para siempre: y por fortuna, ninguna declamación, por elocuente que sea, podrá reanimarlo con el soplo de la vida.

IV

En qué es el mejor el gobierno representativo

Hé aquí dos tesis inconciliables á primera vista; dos razonamientos que se destruyen mutuamente: antes, una crítica condenatoria del sistema representativo; ahora, otra crítica menos lisonjera todavía del gobierno monárquico; aparentemente, con cada una de ellas puede destruirse su contraria.

Sin embargo, la paradoja se explica fácilmente. Es posible afirmar todo lo que hemos dicho del gobierno repre-

sentativo, y sostener, apesar de ello, que ésta es la mejor forma de gobierno. Es más; los hechos que, en apariencia, condenan dicho régimen, fortalecen, debidamente interpretados, nuestra profunda convicción acerca de la superioridad del mismo.

Ninguno de nuestros argumentos implica falta de condiciones en el gobierno representativo para mantener la justicia, sea entre los individuos, sea entre las clases. Hay ejemplos sobrados de que por ningún medio se asegura mejor la existencia de relaciones equitativas entre los ciudadanos, objeto esencial de todo gobierno que con poderes de origen popular, no obstante los defectos del sistema. Cifándose á la función verdadera de todo gobierno, el sistema representativo es el mejor; y así lo demuestran su *origen*, su *teoría* y sus *resultados*. Dirijamos una ojeada á los hechos, considerados en estas tres relaciones.

En España, en Inglaterra, en Francia, el poder popular se organizó tan sólo para tener en jaque á la tiranía real; es decir, á la justicia de los reyes. Las noticias más antiguas, relativas á las Cortes de España, nos enseñan, que el oficio de éstas era aconsejar al rey, siendo deber del monarca el seguir estos consejos. Las Cortes tenían el derecho de petición, de representación y de queja, pudiendo exigir la reforma de los abusos denunciados. Atendidas las reclamaciones de las Cortes, el rey juraba observar los nuevos estatutos, llegando á establecerse como regla, que cualquier acto del monarca que los contraviniese, «se respetase como orden real, pero no se cumpliera, como contrario á los derechos y privilegios de los súbditos». En todo esto se ve claramente que la misión principal de las Cortes consistía en reparar las injusticias cometidas por el rey ú otros; que el rey tenía por costumbre quebrantar sus juramentos y promesas de enmienda; y que fué preciso tomar medidas que le obligaran al cumplimiento de lo prometido.